



**CARTA DEL SR. OBISPO**

Queridos hermanos:

Permitidme que, con motivo de esta Jornada, me dirija de una manera especial a todos los niños y niñas de nuestra Diócesis, llamados a crecer en el espíritu misionero. Ellos van a ser, en efecto, los misioneros y misioneras del III milenio.

Con vosotros, niños y niñas de todas nuestras comunidades cristianas, quiero reflexionar sobre el bonito lema de la Jornada de este año: *contigo el mundo sonreirá*. Es una invitación a que prestéis al mundo de hoy, que tantas lágrimas derrama por las guerras, la violencia, el hambre, la injusticia, la intolerancia y los conflictos de todo tipo, *la alegría de vuestra sonrisa*. Vuestra sonrisa de niños y niñas es un reflejo de la sonrisa de Dios. Recordáis que Jesús se mostró especialmente sensible a los niños y niñas que se encontró por los caminos de Palestina, que los quiso cercanos a él, que se enfadó con quienes querían alejarlos para que no lo molestaran y que, además, *los puso como ejemplo*, para que todos, *haciéndonos como niños*, pudiéramos entrar en el círculo de sus seguidores.

¿Qué relación tiene esta Jornada de la Infancia misionera con la sonrisa del mundo? Mirad: cuando Dios está en la vida de los hombres, el mundo se construye de otra manera. Dios tiene un proyecto para todos nosotros, hombres y mujeres que habitamos el mundo, en el que no caben tantas lágrimas y sufrimientos como nos provocamos unos a otros. Cuando nos hacemos sufrir, cuando maltratamos a los demás, cuando no nos importa que haya tanta gente padeciendo los horrores de las guerras y de la violencia, del hambre y de la enfermedad, de la malnutrición y de la falta de formación, cuando no se nos conmueven las entrañas al ver a tantos niños y niñas que en los países más empobrecidos del mundo han perdido el gran don de su sonrisa, es que *actuamos al margen del proyecto que Dios tiene pensado para nosotros*.

El trabajo de los misioneros y misioneras en todo el mundo es *ofrecer a Jesús* como camino para que pueda realizarse el proyecto de Dios para la vida de todos los hombres. Para que *el mundo pueda finalmente sonreír*, porque hayamos sido capaces de arrancar para siempre las causas de tantas lágrimas. Por eso, los niños sois tan sensibles al espíritu misionero. Os dais cuenta de la importancia que tiene que, cada día más, haya por el mundo muchos *testigos de la sonrisa de Dios*. Y, quizás también por eso, hasta muchos de vosotros soñáis con ser un día de esos misioneros y misioneras que estén dispuestos a arrancar de nuestro mundo las lágrimas que le hacen sufrir tanto. Es así: entre vosotros y vosotras están los misioneros y misioneras del tercer milenio, que hemos iniciado.

Estoy seguro, queridos niños y niñas de nuestra diócesis, de que acogéis con generosidad esta tarea. Estoy seguro de que os duelen en lo más hondo especialmente *las lágrimas de tantos niños y niñas* del mundo que no conocen la sonrisa, de todos aquellos que están en países lejanos y de los que están más cerca de vosotros, pasando por momentos de mayores dificultades. ¡Ojalá que vuestra sonrisa sea compartida por muchos! ¡Ojalá que a todos nos sirva como motivo de esperanza! En vuestra sonrisa percibimos la sonrisa de Dios que quiere hacerse sonrisa del mundo. En medio de tantas lágrimas y sufrimientos, no perdamos la esperanza.

Vuestro Obispo



Permitidme  
que me dirija  
a todos los ni-  
ños y niñas de  
nuestra Dió-  
cesis

Cuando Dios  
está en la vida  
de los hom-  
bres, el mundo  
se construye  
de otra ma-  
nera

¡Ojalá que  
vuestra sonrisa  
sea compartida  
por muchos  
testigos de la  
sonrisa de Dios

